

Nueva Sociedad Separatas

Manuel Antonio Garretón
Política, cultura y sociedad en la transición democrática

Artículo aparecido en Nueva Sociedad 180-181, Jul-Ago / Sep-Oct
2002, pp 199-219.

Política, cultura y sociedad en la transición democrática

Nueva Sociedad
114
julio
agosto
1991

Manuel Antonio Garretón

Detrás de las transiciones entre regímenes, por ejemplo de dictaduras militares a regímenes democráticos, parece esconderse otro cambio o transición. Este se refiere a la cultura política, es decir, a la matriz de relación entre Estado, estructura político-partidaria y base social, y al sentido que la gente le da a la política y a la acción colectiva. El trabajo examina estas transformaciones y muestra los sustitutos espurios de la acción política como el tecnocratismo y el comunitarismo. Se desarrolla la idea de un triple reforzamiento de los componentes de la matriz de acción política, así como se discute el contenido ético y el papel de los intelectuales en este cambio.

El concepto de transición política alude a un paso desde un régimen político a otro. En los casos de América Latina y Europa, desde diversos tipos de regímenes autoritarios a regímenes democráticos; en algunos casos se trata de *funciones*, en otros de *recuperaciones*. En casi todos, con importantes pero escasas excepciones, se trata de transiciones sin ruptura institucional y que tienden a ser incompletas, es decir, dejan enclaves autoritarios o herencias instituciona-

Manuel Antonio Garretón: sociólogo chileno.

Nota: Ponencia presentada al Coloquio Internacional «Transiciones a la Democracia en Europa y América Latina», organizado por la Sede Académica de México de Flacso y Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 21-25 de enero de 1991.

Palabras clave: sociedad civil, acción colectiva, cultura política, América Latina.

les, simbólico-culturales y actorales del régimen autoritario insertas en el régimen emergente. En algunos casos, cuando el régimen anterior incluía elementos democráticos, más que hablar de transición cabe hablar sólo de democratización política¹.

Las transiciones propiamente dichas terminan cuando se instala un núcleo básico de instituciones y autoridades democráticas. En general, las dos tareas fundamentales del primer gobierno democrático o del bloque democrático, cuando éste está dividido entre quienes administran la democratización política y quienes administran las demandas sociales, consisten en completar la transición superando los enclaves autoritarios y asegurando la democratización política, e iniciar la consolidación democrática. Esta última, en los diversos países, está ligada no solo a la resolución de los propios problemas de un régimen político, sino a la resolución o enfrentamiento de una problemática histórica específica (como pudo ser la resolución de las cuestiones de nacionalidades o de inserción continental en algunos casos europeos). En el caso de América Latina esta problemática histórica pareciera ser la redefinición, profundización y extensión de la modernización y la democratización social (especialmente en cuanto incorporación de la población marginada a la ciudadanía social, económica, política y cultural) y un nuevo modelo de reinserción internacional.

Ambivalencia de las transiciones

Si bien se trata de transiciones de un tipo de régimen político a otro, al menos en América Latina éstas parecen encubrir una segunda transición que aparece como la parte escondida del iceberg y cuyo origen se remonta al periodo de los regímenes autoritarios. Lo que está cambiando en este caso va más allá de los rasgos de un régimen u otro y se refiere a una transformación en la matriz de relación entre Estado y sociedad civil, es decir, a una transformación de la política misma y del sentido de la acción colectiva.

De lo que se trata es de saber si pasamos de un cambio de régimen a un cambio de la política misma.

Muchos de los problemas encontrados en las transiciones y las primeras consolidaciones democráticas se deben a que la tarea de completar las transiciones

1. Hemos desarrollado todos estos conceptos en varios trabajos. Especialmente *Reconstruir la política. Transición y consolidación democráticas en Chile*, Editorial Andante, Santiago, 1987, cap. I y «Las condiciones sociopolíticas de la inauguración democrática en Chile 1990» en *Revista Paraguaya de Sociología*, año 26, N° 76, 9-12/1990. Es evidente que mucho de lo que aquí se dice se aplica de modo muy diferente, si es que puede aplicarse, a los casos centroamericanos.

conlleva la prolongación de la política clásica o tradicional. Agotada o desaparecida la «política heroica» de décadas anteriores, que era una de las vertientes de la política tradicional, ésta queda reducida a la dimensión elitaria, profesional o cupular, y no puede dar cuenta de esta mutación cultural en la matriz clásica de las relaciones entre Estado y sociedad. Este vacío dejado por la matriz clásica, en sus vertientes profesional y heroica, tiende a ser llenado por sustitutos espurios de la política, que sólo dificultan la constitución de una nueva matriz de la acción colectiva y de la formación de sujetos sociales.

Las transiciones democráticas o las democratizaciones políticas privilegian el momento político-partidario de la sociedad. Las consolidaciones democráticas parecieran hacerlo con el momento socioeconómico. Del mismo modo como la política de 1950 a 1960 privilegió el momento económico (desarrollo) y la política de 1960 a 1980 el momento político (poder, revolución, regímenes), la política en la actual década deberá privilegiar el momento cultural de la sociedad, es decir, el de la definición del sentido, imagen, lenguaje y estilo de la acción social y las formas de convivencia que desbordan los temas específicos de los regímenes políticos.

***Las transiciones
democráticas
privilegian
el momento
político-partidario
de la sociedad.
Las consolidaciones
democráticas
parecieran hacerlo
con el momento
socioeconómico***

Suponer que porque hay un consenso en un tipo de régimen político o, más discutible aún, en un mero instrumento económico como es el mercado, se acabó la historia, es no entender el nuevo carácter que adquiere la política y el nuevo escenario y sentido de las luchas que entablan los actores sociales².

El cambio en la cultura política

Nos apartamos aquí de una definición de cultura política como conjunto de valores compartidos por una sociedad y tampoco entramos a la conocida discusión del concepto y de las connotaciones ideológicas y etnocéntricas con las que éste se ha rodeado³. Desde nuestra perspectiva, la cultura política refiere a las imágenes y sentidos sobre la acción colectiva que hay en una sociedad, y a

2. Cf. Francis Fukuyama: «¿El fin de la Historia?» en *El Gallo Ilustrado* N° 1453, Semanario de *El Día*, México, 4/1990.

3. El texto clásico es el de G. Almond y S. Verba: *The Civic Culture*, Princeton University Press, 1963. Una revisión del significado del concepto en M. Kaase: *The Concept of Political Culture: its Meaning for Comparative Political Research*, European University Institute of Florence, *Working Paper* N° 30, 1982.

***Nuestras sociedades
 privilegiaron
 una cultura política
 que definía una relación,
 según los casos,
 de fusión, imbricación,
 subordinación
 o eliminación
 entre algunos
 de los elementos
 de esta triple relación***

las imágenes, estilos y lenguaje de la acción política. Dicho en otros términos, al modo como se define en una sociedad determinada la matriz de relación entre el *Estado* (momento de la unidad, cristalización de relaciones de dominación, conjunto de instituciones públicas dotadas del monopolio legítimo de la coerción, agente de desarrollo e integración, todo eso a la vez), la *estructura político-partidaria* (que incluye el régimen político como la mediación institucional entre Estado y sociedad que define el tipo de relación, la gente y el

Estado y el modo como una sociedad se gobierna, y el sistema de actores políticos que aseguran el momento de la representación y de las demandas globales), y la *base social o sociedad civil* (que incluye los movimientos sociales y define el momento de la diversidad y de la participación).

Nuestra hipótesis es que nuestras sociedades privilegiaron una cultura política que definía una relación, según los casos, de fusión, imbricación, subordinación o eliminación entre algunos de los elementos de esta triple relación. Así, en algunos países la fusión entre estos elementos se hacía desde la figura del líder populista, en otros desde la identificación entre Estado y partido, en otros desde la articulación entre la organización social y el liderazgo político partidario, en otros el sistema de partidos fusionaba todos los clivajes sociales, en otros las corporaciones totalizaban la acción colectiva sin espacio para la vida política autónoma, etc. Los diversos populismos, militarismos y clasismos, así como el basismo alternativista, la manipulación clientelista, el hiperpartidismo, el estatismo tecnocrático o corrupto, el corporativismo, todas estas manifestaciones de la vida política, aunque antagonísticas, contradictorias y alternativas entre sí fueron expresiones de una misma cultura política.

El momento de las transiciones o democratizaciones políticas coincide con el resquebrajamiento de todas estas matrices de relación de estos tres elementos, es decir, con el agotamiento de una cultura que los imbricaba, fusionaba, o eliminaba, y con la emergencia aún embrionaria y confusa de una cultura política que afirma el fortalecimiento de cada uno y el establecimiento de un vínculo también fuerte entre ellos, lo que redefine el carácter de la política. Se trata del paso a un tipo de cultura o sociedad que afirma un Estado fuerte, un sistema fuerte de partidos y un sistema fuerte de actores sociales autónomos.

Pero este cambio en la matriz de la relación entre Estado, actores políticos y sociedad civil va acompañado de un cambio en el sentido que se le da a la acción colectiva y a la acción política misma⁴. En las sociedades precapitalistas o en las del tipo capitalista autoritario, el tema de la acción colectiva fue la *libertad*, la lucha contra la represión y la opresión.

En las sociedades con un componente capitalista fuerte y con regímenes semi-democráticos, se superpuso o añadió al anterior el tema de la *igualdad* o la justicia social, la lucha contra la explotación económica. Ambos principios fueron normalmente acompañados en sociedades dependientes como las nuestras, por el principio de *soberanía nacional*, es decir, por luchas por la independencia y emancipación nacionales. En todos estos casos, la acción colectiva se basó en la matriz clásica de la organización social ligada de algún modo a la organización política, y en el último caso al Estado, ya fuera para conquistar la ciudadanía o la igualdad o el término de explotación o la autonomía nacional. Estos temas o principios de acción, que definían las luchas por la modernidad en estos países, dieron origen a los diversos modelos ideológico-políticos y a las utopías de una nueva sociedad a conquistar por parte del sujeto afectado por una contradicción u otra o por las tres. Ninguno de estos temas se agotó en el pasado.



4. Sobre los principios que informan las luchas colectivas, cf. Alain Touraine: *Le retour de l'acteur*, Fayard, París, 1984.

Sin embargo, a ellos se superpone un nuevo principio o tema que, por su naturaleza, cuestiona las bases tradicionales de la acción colectiva, en la medida que en estos países funde el individualismo occidental con la clásica pertenencia a las categorías colectivas, comunitarias o del nosotros. Puede llamarse a

***No es posible
 caracterizar
 nítidamente
 la nueva cultura
 política,
 que como toda
 cultura política
 varía para cada
 contexto
 histórico-social
 y adquiere matices
 muy diferentes
 según de qué sector
 o actor social
 hablemos***

este principio la autorrealización o la felicidad y posee connotaciones individualistas y categoriales o colectivas irreductibles entre sí. Ni las instituciones por las que se luchó en el pasado, ni la economía que se quería menos explotadora, ni los partidos que luchaban por transformar la sociedad en su base económica e institucional, ni las luchas por la liberación y autonomía nacionales, dan cuenta cabal de este nuevo principio de acción y lucha social, insisto, a la vez individual y colectivo⁵.

Sin eliminar las luchas por la libertad, la igualdad y la autonomía nacional, esta nueva lucha redefine la acción política en la medida de su base individual irreductible y en la medida en que el tema de la confrontación o enfrentamiento a un enemigo pasa a ser mucho más difuso.

De algún modo los tres grandes temas del pasado son retomados hoy día en el principio de la *inclusión o integración*, al cual se le agrega este nuevo principio de la acción histórico-social, que atraviesa todas las capas sociales, pero que sobre todo se expresa en la juventud⁶ y en los pobres o marginales urbanos, cuyas pautas de acción colectiva traducen esta mutación que está muy lejos de capturarse con el concepto de anomia.

5. Una ilustración, llena de connotaciones por la situación, el contexto y los actores envueltos, es la siguiente. En plena dictadura militar en Chile, una funcionaria de la Vicaría de la Solidaridad, un organismo creado para la lucha y defensa antirrepresiva y la promoción de los derechos humanos que durante muchos años fue subsidiario de la acción política, le hacía ver a una anciana mujer pobladora la inconsecuencia que representaba el que en la situación de miseria y represión que su familia vivía, ella se hubiera endeudado en la compra de un televisor a colores. La respuesta de la pobladora fue: «¿Sabe?, esto es lo único en colores que veo en mi vida».

6. Otra ilustración interesante del cambio en las pautas de acción colectiva y redefinición de la política la da el altísimo porcentaje de abstención en las primeras elecciones bajo el régimen democrático de la Federación de Estudiantes de Chile (la principal federación estudiantil universitaria que agrupa a los alumnos de la Universidad de Chile) a mediados de 1990, contrastado con la masiva convocatoria y participación estudiantil universitaria en un concurso cultural organizado por otra federación de estudiantes, en un mismo periodo.

No se trata de la presencia de la posmodernidad entre nosotros. Esta denominación no describe ni enuncia nada claro. Al contrario, por un lado confunde el análisis vaciando de contenido organizador o racionalizador a la acción colectiva y los conflictos, los que no dejan de estar empapados de los sentidos que se les otorgaron en el pasado. Por otro lado, abre camino a los diferentes enfoques irracionalistas que tratan de dar cuenta de la sociedad latinoamericana contemporánea. Lo que hay es, más bien, fusión de diversos principios y épocas en un solo momento histórico. La heterogeneidad estructural de la que se habló hace algún tiempo quizás dé cuenta más adecuada del fenómeno que el tema de la posmodernidad, pero tiende a dar una imagen de dimensiones yuxtapuestas o coexistentes, cuando de lo que se trata es que se dan todas ellas de modo diverso pero en cada uno de los sectores y actores sociales⁷.

No es posible caracterizar nítidamente la nueva cultura política, que como toda cultura política varía para cada contexto histórico-social y adquiere matices muy diferentes según de qué sector o actor social hablemos. Por lo menos podemos ilustrar indicando algunos de los elementos que emergen, a veces vaga y contradictoriamente. Entre ellos, el paso de la política integrista y religiosa a la negociación, el paso de partidos ideológicos o maquinarias electorales a organizaciones más programáticas, el cuestionamiento de las formas tradicionales de representación, el rechazo a las ideologías globalizantes y su reemplazo por utopías parciales, la búsqueda simultánea de cambio y orden redefiniendo los términos del antagonismo y conflicto sociales, la revalorización de las cuestiones de régimen político pero el alejamiento de las formas políticas profesionales tradicionales y de las fórmulas más fanáticas o heroicas, la afirmación de la capacidad propia para resolver los problemas sin renunciar al rol benefactor del Estado, un nuevo vínculo entre la política simbólica e instrumental y entre lo público y lo privado, la importancia de los temas culturales no reductibles a los clásicamente estructurales o institucionales, etc. Todo ello no da origen aún a un nuevo paradigma de la acción política, pero sí parece anunciarlo.

Los sustitutos espurios

En el vacío dejado por la antigua matriz, desarticulada por los autoritarismos y no reemplazada por ellos exitosamente, y que no ha sido llenado aún por una nueva cultura política, todavía en ciernes, tienden a instalarse diversos sustitutos

7. En otras partes hemos usado la imagen que somos a la vez adobe y computadora, techo de paja y televisor a colores, consumo universalizado y diferenciado e indigencia, barricada, indigenismo, cultura *rock* y derechos humanos, todo a la vez.

tos espurios que niegan precisamente la tendencia al reforzamiento de los tres elementos (Estado, régimen y actores políticos, actores sociales y sociedad civil), ya sea eliminando alguno de ellos, ya sea subordinándolos, ya sea endiosando o totalizando otros. Podría hablarse de una contracultura política, si este concepto en otros contextos no tuviera connotaciones progresistas o libertarias.

Si bien la matriz populista clásica de fusión, de tanta importancia en este siglo como núcleo dominante de la acción política, se expresa más como nostalgia o descontento, sin que aparezca como perspectiva de futuro, hay dos polos extremos que parecen tomar su relevo.

Por un lado, una negación de la política a partir del extremo modernizante del racionalismo y de la lógica instrumental, que reemplaza la acción colectiva por la razón *tecnocrática*. La versión neoliberal o libremercadista es aquí la principal, pero también este principio de acción puede ser esgrimido por elites dirigentes estatistas en acuerdo tácito con neoliberales. En cualquiera de estas vertientes los actores sociales, la sociedad civil, la acción colectiva de los movimientos sociales, son reemplazados por el traslado al campo político del cálculo económico racional tipo costo/beneficio, incentivos, negociación a partir de la empiria de recursos y no de metas, etc.

En la medida en que el principio tecnocrático tiende a ser elitario y a sustituir a los actores sociales, en la historia real tiende siempre a acompañarse, paradójicamente ya que teóricamente se trata de dos principios de acción antagónicos, del principio *corporativo*, que ve a los actores universalizando su propia particularidad y por lo tanto universalizando su propio principio de acción instrumental. Las transiciones y consolidaciones democráticas por la vía exclusiva de concertaciones económico-sociales, o de creación de sistemas y organismos autorregulatorios en diversos ámbitos de la vida social, sustitutivos de la política, o de las privatizaciones dogmatizantes, son una buena ilustración de esta combinación tecnocrático-corporativa con ideología neoliberal o libremercadista.

Por otro lado, una negación de la política a partir del extremo irracionalista, que reemplaza la acción política por el principio universalizante de la lógica *expresivo-simbólica*. La acción colectiva pierde aquí su carácter político para ser reemplazada por la acción moral o religiosa. El comunitarismo de base religiosa, étnica o populista; los mesianismos guerrilleros o de otro tipo; los nuevos ideologismos; el protagonismo de un sujeto definido por su identidad cultural; etc., todos tipos de acción que rechazan la alteridad y proyectan unilateralmente

a la sociedad el sentimiento particularista del «nosotros», en una recreación del fundamentalismo o integrismo.

Entre ambos extremos, y combinando de algún modo elementos de ellos, resurgen las nostalgias populistas, clientelistas o partidistas, pero ya sin la convocatoria de los grandes proyectos ideológicos o de las movilizaciones de alto nivel de integración, sino más bien como formas fragmentarias acompañadas, a veces, de sus correlatos anómicos, apáticos o atomísticos y, en algunos casos, de componentes delictivos, como el narcotráfico o la corrupción.

¿Una nueva matriz de la acción política?

La visión tecnocrática liberal nos anuncia el triunfo definitivo de la lógica del mercado como único motor de desarrollo y principio de la vida social y la desaparición progresiva del Estado. La visión comunitarista nos anuncia el reino de la verdad establecida por un nosotros particularista. En el medio de estas dos visiones polares, está la negación de las posibilidades de acción colectiva.

Pero es posible oponer a estas dos visiones la hipótesis que está surgiendo, desde las cenizas de la vieja matriz de acción política, una nueva matriz y cultura políticas que se define por lo que hemos llamado el triple reforzamiento del Estado, el régimen y actores políticos y la sociedad civil o los actores sociales. Podría afirmarse, además, que el futuro de los regímenes democráticos depende de la consolidación de esta nueva matriz, de este triple reforzamiento y del establecimiento de una relación ya no de fusión o imbricación entre estos tres elementos, sino de *tensión* complementaria entre ellos.

Se trata, en primer lugar, de reconocer la falsedad empírica envuelta en las afirmaciones antiestatales que se



hacen desde dos ángulos contradictorios entre sí, uno desde la panacea universal del mercado y el otro desde un protagonismo popular que se enfrenta al Estado. Ellas contradicen tanto las tendencias observadas en la opinión pública, que son de rechazo a un tipo de Estado burocratizado o ineficiente pero de fuerte aceptación de su papel como agente redistributivo y como principio de unidad de la nación, como el hecho histórico de que no ha habido ningún caso de desarrollo nacional en los últimos tiempos que no haya sido acompañado de un papel predominante del Estado como agente del mismo, por supuesto que con relación a los otros agentes sociales. Lo que está a la orden del día no es la reducción del papel estatal, sino la reforma del Estado en el sentido de su modernización, descentralización y reorganización participativa.

En segundo lugar, la eliminación de las tendencias más burocratizadas del Estado, si se quiere pensar en su fortalecimiento como agente de la unidad y del desarrollo nacionales, va acompañada necesariamente de un reforzamiento del nivel de representación de la sociedad y del de participación. Con relación al tema de la representación cabe el tema de los partidos políticos. Aquí el problema es el paso desde su irrelevancia o excesiva intromisión en la sociedad, según los casos, o desde su tendencia antropofágica o de absorción de los otros, o desde su excesivo ideologismo o total indiferenciación, a un *sistema fuerte de partidos*, caracterizado por su inclusividad, democratización interna, capacidad de negociación y concertación para formar coaliciones amplias, tecnificación y establecimiento de canales con la sociedad que aseguren su representatividad. La posibilidad de formar coaliciones mayoritarias implica a su vez cambios institucionales en el sistema de gobierno, lo que cuestiona el presidencialismo exacerbado de estos países.

Pero, en tercer lugar, el reforzamiento del Estado y del sistema de partidos no puede hacerse sin un reforzamiento o *densificación* de la sociedad civil o de los actores sociales autónomos tanto del Estado como del sistema partidario. Es aquí donde se revela la importancia del reforzamiento, entre otros, de un actor o clase empresarial, contrapartida del reforzamiento estatal. Tal densificación, diversificación y fortalecimiento de actores sociales, implica aumentar los niveles de participación, no solo en su dimensión simbólica sino de resolución real de problemas, lo que lleva nuevamente al problema de la descentralización del poder estatal.

Si se quieren evitar las matrices estatistas, partidistas o corporativistas de la acción colectiva, los tres niveles mencionados deben ser objeto de reforzamiento simultáneo.

Valores e intelectuales

El cambio en la cultura política que implica la consolidación de esta nueva matriz de la acción colectiva y de la política misma, a su vez condición de la consolidación democrática, no implica en ningún caso la postulación de determinado tipo de valores exógenos a la sociedad que aparezcan como prerequisites de la posibilidad democrática. De ahí que nuestra conceptualización de cultura política como la pauta o matriz de relación entre Estado, partidos y la gente, se aparta del etnocentrismo de las vertientes tradicionales del concepto e integra todas las formas particulares de convivencia o sistemas axiológicos que forman parte de la cultura latinoamericana, es decir, reconoce su carácter diverso y plural.

Sigue pendiente la cuestión de si hay un principio ético o axiológico que deba informar la relación entre estos tres elementos y que permita la estabilidad de uno de ellos, el régimen democrático. En otras partes hemos indicado que no hay factores estructurales *per se* indisoluble o esencialmente ligados a la estabilidad democrática. Lo que sí puede afirmarse es que no hay perdurabilidad de este régimen si no hay una voluntad de los actores políticos y sociales significativos de mantener el sistema independientemente de sus resultados para un sector u otro, es decir, si no hay *deseabilidad democrática*. Esta se opone tanto a la existencia de proyectos alternativos de régimen político como a la irrelevancia o indiferencia que tales actores le atribuyan a la cuestión del régimen.

En nuestros países pareciera que la deseabilidad democrática está ligada a un determinado principio ético o de valor que constituye la especificidad de la opción latinoamericana por la democracia política. Este principio es la democratización o integración sociales, de largo arrastre en la historia y cuyo contenido concreto y específico para cada país y momento lo definen los diversos sujetos y actores.

El problema pareciera estar en que se trata de un principio no estrictamente político pero que invade el campo político. Ello ha llevado muchas veces a subordinar la construcción institucional democrática a este principio considerado «sustantivo». Así ¿cómo combinar la necesaria secularización de la política,

En nuestros países pareciera que la deseabilidad democrática está ligada a un determinado principio ético o de valor que constituye la especificidad de la opción latinoamericana por la democracia política

la diferenciación de niveles de acción en la sociedad, la negociación consustancial a la democracia, con este principio de la integración o democratización sociales que puede verse distorsionado, neutralizado o suprimido por las urgencias de la construcción institucional? No hay una solución fácil al respecto, sino solo un proceso de aprendizaje colectivo en el sentido de que sin democracia política no hay integración o democratización sociales, aunque aquélla no asegura por sí sola la realización de este principio ético.

No pareciera posible la consolidación de una nueva cultura política, como parte del proceso de construcción y consolidación democráticas, en países como los nuestros sin una modificación del papel de los intelectuales en su relación con la política. Al reconocer la crucialidad de su papel en nuestra historia política, para bien o para mal, pareciera necesario aceptar y desarrollar la diversidad y pluralidad de los intelectuales y de sus roles académicos, científicos tecnocráticos, profesionales, o crítico-proféticos, aceptando las exigencias y prerrogativas de cada uno de esos papeles. Una nueva cultura política se opone a la imposición de un solo modelo de intelectual como se postulaba en el pasado desde diversas vertientes, y donde nunca quedó en claro si el principio de legitimidad esgrimido era su función propiamente intelectual o su cercanía al príncipe, cualquiera que éste fuera.

Ello no impide que la identidad del intelectual sufra también una transformación desde una matriz que lo convertía ya sea en ideólogo de algún otro actor social o de sí mismo, es decir, mero portavoz de intereses particulares, ya sea en profeta de una globalidad apocalíptica, o en mero descriptor y manipulador tecnocrático de parcialidades, hacia la tarea de comprensión, empática y distante a la vez, de los otros actores sociales.

No hay reconstrucción democrática de la comunidad intelectual sin este doble movimiento de integración y solidaridad, por un lado, y de desgarro y marginalidad por el otro. Ni anunciadores del fin de la historia proclamada por la razón tecnocrática neoliberal. Ni profetas del comienzo de la historia proclamada por algún mesianismo o ideologismo. Simplemente, estudiosos de la historia omnipresente de las luchas por superar las circunstancias que impiden el desarrollo de la condición humana.